



COMITÉ PONTIFICIO PARA LOS CONGRESOS
EUCARÍSTICOS INTERNACIONALES

FRATERNIDAD

PARA SANAR

EL

Mando

«Ustedes son todos hermanos» (Mt 23,8)

DOCUMENTO BASE

53° CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL

QUITO

8-15 SEPTIEMBRE 2024

CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL 2024 - QUITO

www.iec2024.ec

**COMITÉ PONTIFICIO PARA LOS CONGRESOS
EUCARÍSTICOS INTERNACIONALES**

www.congressieucaristici.va



53º Congreso Eucarístico
Internacional

Diseño, diagramación e impresión

©Grupo Don Bosco

Distribuye:

Arquidiócesis de Quito. Librería

Dirección: Venezuela N5-49,
entre Mejía y Chile. Centro Histórico.

Telf.: 098 963 0964 – (02) 476 0816

ISBN: 9789942713711

©Documento Base. Fraternidad para sanar el mundo.

Presentación

Con profunda alegría presento el **Documento Base** que dará fundamento doctrinal y teológico al **Congreso Eucarístico Internacional Quito 2024**.

Desde el 20 de marzo de 2021 cuando el Papa Francisco designó a Quito como Sede del Congreso Eucarístico Internacional 2024, con motivo de la celebración de los **CIENTO CINCUENTA AÑOS de la Consagración del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús**, comenzamos a pensar, idear y, sobre todo, a soñar, con este gran evento eclesial, el mayor a nivel mundial.

Del 8 al 15 de septiembre del 2024, la ciudad de Quito (Ecuador) se vestirá de fiesta para vivir el 53° Congreso Eucarístico Internacional y en el colorido entramado de sus calles coloniales acogerá a miles de personas de todo el mundo para celebrar el Misterio de nuestra fe y renovar, en un gozoso compartir de dones, nuestro amor a Cristo, Pan vivo bajado del cielo.

En vista de este evento de importancia mundial, la Comisión Teológica del Comité Local Ecuatoriano, en colaboración con el Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos Internacionales, ha elaborado este «Documento Base» a la luz del tema: **Fraternidad para Sanar el Mundo**. Es la herramienta ofrecida a las Iglesias del Ecuador y de cada País para prepararse fructíferamente a estas jornadas eucarísticas. Así, la fraternidad humana que está en el centro de la reflexión del congreso no quedará como un sueño, sino que encontrará la manera de materializarse a partir de la celebración eucarística.

El texto tiene el sabor de la experiencia de fe de los pueblos latinoamericanos, don que desean compartir con quienes deseen participar de alguna manera en el Congreso Internacional. La Iglesia de Quito se transformará en una carpa eucarística donde la mesa de la Palabra y del Pan nos reunirá para descubrir la presencia misericordiosa de Dios que nos ama intensamente y nos hace hermanos, hijos del mismo Padre. El don pascual del Señor Resucitado, que está en el corazón de cada Misa y del culto eucarístico que de ella toma su significado, mientras cure nuestras heridas, nos ayudará a cuidar de cada hermano y hermana.

Elevemos nuestros corazones en alabanza y pidamos a Dios, con las palabras del Papa Francisco, la gracia **«de prepararnos para el encuentro con nuestros hermanos más allá de las diferencias de ideas, lengua, cultura, religión; que unja todo nuestro ser con el óleo de su misericordia que cura las heridas de los errores, de las incomprensiones, de las controversias; la gracia de enviarnos con humildad y mansedumbre, a los caminos, arriesgados pero fecundos, de la búsqueda de la paz»** (Fratelli Tutti, 254).

Unidos en el Señor de la Vida

+ Alfredo José Espinoza Mateus, sdb
Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador
Quito, 16 de junio de 2023, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús

Introducción

Un sueño de fraternidad

«*Ustedes son todos hermanos*» (Mt 23, 8)

1. Con estas palabras de Jesús en el Evangelio de San Mateo, el Papa Francisco ha querido iluminar este 53° Congreso Eucarístico Internacional a realizarse en la ciudad de Quito, Ecuador.¹ Es una frase del Maestro exhortando a sus discípulos para que tomaran conciencia de su relación fraternal en cuanto hijos de un mismo Padre. La comunidad de los creyentes, por vocación divina, está llamada a fundar sus relaciones humanas en el amor de hermanos, relaciones de fraternidad que deben ser signo de esperanza para un mundo fragmentado, unguento necesario para sanar heridas. «Ustedes son todos hermanos» (Mt 23, 8) recuerda el Maestro a la sociedad contemporánea por medio de su Iglesia que peregrina en medio de tantos pueblos.
2. El contexto de este Congreso Eucarístico expresa la urgencia de fraternidad para sanar el mundo. Distintos países latinoamericanos y de otros continentes sufren en su interior quiebres sociopolíticos. Permanecen aún rezagos de un colonialismo histórico, violento y silencioso, que responde a intereses transnacionales de características imperialistas.² Manifestaciones populares que rechazan un sistema económico cada vez más inequitativo donde crece la pobreza y la injusticia, se dan cita constantemente. «La pobreza y la desigualdad en América Latina son una llaga que se profundiza en lugar de aliviarse. La pandemia y sus consecuencias, el contexto mundial agravado en lo político,

1 Sobre la índole del Congreso Eucarístico, cf. *Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto Eucarístico fuera de la Misa*, 109-112.

2 Cf. DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN Y DICASTERIO PARA EL SERVICIO DEL DESARROLLO HUMANO INTEGRAL, *Nota conjunta sobre la Doctrina del descubrimiento* (30 de marzo de 2023).

económico y militar, así como la polarización ideológica, parecen cerrar las puertas a los esfuerzos de desarrollo y anhelos de liberación».³ Europa se ha visto remecida por una guerra a sus puertas, recordando el horror vivido en el siglo XX con las grandes guerras mundiales y la división de Occidente en dos grandes bloques con su distinta visión de sociedad. De Medio Oriente llegan noticias de creciente tensión y violencia sostenida y, de África, junto con la pobreza allí enquistada, no dejan de zarpar barcas llenas de migrantes que buscan refugio en un *mundo* mejor. *Mundo* que, muchas veces, es inalcanzable porque no se llega a puerto, falleciendo en las aguas del Mediterráneo.

3. No se trata solo de sanar las relaciones entre los diversos pueblos que habitan la faz de la Tierra, sino de sanar las heridas del corazón humano que dificultan la paz y la reconciliación. Es necesario darnos cuenta «de que estamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos».⁴ Este momento de gracia, como lo es un Congreso Eucarístico, nos permite reavivar el don de Dios y la toma de conciencia de cómo todos estos pueblos, abrazados por el amor eucarístico que brota del Corazón de Cristo, son hermanos, hijos de un mismo Padre, constructores de fraternidad. Fraternidad entre los hombres, fraternidad con la creación.
4. Por su parte, la Iglesia camina en medio de estas divisiones en un proceso de discernimiento sinodal, cuestionándose a sí misma; buscando, a partir de las Iglesias locales, continentales y universal, recuperar su nota esencial de ser sinodal, ese caminar juntos para la misión en comunión y participación y así cumplir su vocación de siempre «ensanchar el espacio de su tienda» (cf. Is 54, 2) para ser ella un lugar fraterno de inclusión radical, de pertenencia compartida y de profunda hospitalidad.⁵ Damos gracias a Dios porque este Congreso Eucarístico tendrá lugar en medio de las dos asambleas generales del Sínodo de los Obispos en el Vaticano (octubre 2023 – octubre 2024), lo vemos como un signo profético del banquete eucarístico en cuanto centro y máxima expresión de la sinodalidad.⁶

3 Cf. CENTRO DE INVESTIGACIÓN SOCIAL AVANZADA, *América Latina. Diagnósticos y desafíos* (Dossier Estudios Latinoamericanos), CISA, Querétaro 2023, 23.

4 FRANCISCO, *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia*, 27 de marzo de 2020.

5 Cf. SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO, «Ensancha el espacio de tu tienda» (Is 54, 2). *Documento de trabajo para la etapa continental*, 24 de octubre de 2022, 31.

6 Cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, 2 de marzo de 2018, 47.

5. Con ocasión del 150 aniversario de la Consagración del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús (25 de marzo de 1874) la Arquidiócesis de Quito ha sido elegida para ser la sede de este nuevo Congreso Eucarístico Internacional. En esta ciudad, ya en 1886 se celebró el primer Congreso Eucarístico Nacional; ahora, el pueblo de Dios del Ecuador, bajo el amparo del Inmaculado Corazón de María, acoge a cristianos del mundo entero para reflexionar y vivir la Eucaristía como lugar de fraternidad para sanar el mundo.
6. Del costado traspasado de Cristo en la cruz brotó sangre y agua, relata el evangelista Juan (cf. Jn 19, 34), signos del Bautismo y de la Eucaristía, fuente y cumbre de la Iglesia.⁷ Sin duda, la Eucaristía celebrada con el asombro ante el Misterio Pascual⁸ es el lugar principal de devoción al Corazón de Cristo. Pablo VI afirmó: «Deseamos que, a través de una participación más intensa en el sacramento del altar, se honre el Corazón de Jesús, cuyo don más grande es precisamente la Eucaristía»⁹. Es en ella donde los hijos del Padre celestial, hermanos en Cristo, realizan la más profunda comunión con Dios y fraternidad entre ellos.¹⁰ Celebrar la Eucaristía es sumergirse en el horno del amor de Dios donde se acrisola la comunión eclesial.¹¹
7. Hay un mundo herido que nos precede. Un mundo con heridas que aún siguen abiertas y supuran. Desde los albores de la historia humana hay encuentros y caminos que se han manchado con el derramamiento de la sangre. Hasta nuestros días, los frágiles, los pequeños, los vulnerables, los descartables son excluidos del bien común, de la justicia social, de la libertad y de los derechos humanos; son excluidos de la tienda del pan que se comparte, de la casa común que nos alberga como hijos y hermanos. Atentar contra el hermano es siempre un atentado contra la casa común que es la creación.
8. Ayer como hoy, Dios no ha sido sordo ni indiferente al sufrimiento de la humanidad. En la plenitud de los tiempos Dios Padre nos ha donado a su Hijo, Jesucristo, Verbo encarnado, que se ofreció hasta la cruz por nuestra redención venciendo el pecado y la muerte, y se ha hecho al mismo tiempo pan y pastor de nuestras vidas. Cristo es el pan de Dios que nos hermana y reconcilia para que todo

7 Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 3. 11.

8 Cf. FRANCISCO, *Desiderio desideravi*, 24-26.

9 PABLO VI, Carta apostólica *Investigabiles Divitias Christi*, s/n.

10 Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 14.

11 Cf. FRANCISCO, *Desiderio desideravi*, 57.

aquel que camina con nosotros deje de ser un extraño en el camino, sea reconocido como prójimo y compañero de viaje. Y, desde la tienda de la Eucaristía, desde la ofrenda de la vida para que otros tengan vida, desde el perdón de los verdugos en el lugar mismo de su violencia, la presencia del Señor engendra comunidades cristianas donde se aprende una y otra vez a hacer del diálogo, la reconciliación y la paz, el camino de la sanación de este mundo herido por el odio, la enemistad y el egoísmo.

9. El 3 de octubre de 2020, ante la tumba de san Francisco en Asís, el santo Padre firmó su encíclica *Fratelli tutti*. En poco tiempo, ha reavivado en muchos corazones la aspiración a la fraternidad universal, ha puesto de relieve las numerosas heridas contra ella en el mundo de hoy, ha indicado algunos caminos para alcanzar una verdadera y justa fraternidad humana y ha exhortado a todos –personas e instituciones– a trabajar por ella.
10. Quito, ciudad de la mitad del mundo, situada en la latitud cero, extiende su tienda para convertirse en una inmensa tienda eucarística, donde estamos todos invitados a unirnos a este gran sueño de una fraternidad redimida y sanada por el amor total de Cristo. El Papa Francisco nos invita: «Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos».¹²
11. Creemos que la fraternidad hunde sus raíces en lo más profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y de las limitaciones históricas en las que vive. Nos habla de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud y de vida para hacer más bella y digna la existencia.

De todo esto surge para los cristianos el compromiso de buscar caminos que permitan una búsqueda común y un diálogo renovado con todos los hombres de buena voluntad. Es este el simple y exigente deber que surge de la toma de conciencia de la afirmación de Cristo: «Ustedes son todos hermanos» (Mt 23, 8).

12 FRANCISCO, *Fratelli tutti*, 8.

1. Una fraternidad herida

«¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4, 9)

- 12.** Esta fue la pregunta que Dios dirigió a Caín después de haber matado a su hermano. «¿Dónde está tu hermano Abel?» (Gn 4, 9). Pregunta que bajó del cielo después que el grito de la sangre de Abel subiera desde el suelo. Pregunta que resuena eternamente recordándonos la vocación original humana y de toda la creación a la fraternidad.

El designio creador de Dios: hijos y hermanos

- 13.** Desde toda la eternidad, Dios tuvo el designio de crear por amor y de llamar a los seres humanos a la filiación adoptiva para hacer de ellos una fraternidad, a fin de que, por su don mutuo, que es don del Espíritu Santo, se edifique en la historia la familia del Padre (cf. Gn 1-2). Este ideal es, en primer lugar, un designio de salvación, puesto que el ser humano no puede dar una respuesta a Dios, que tenga la cualidad de ser una respuesta *filial*, sin la misma ayuda de Dios, cuyo amor es lo suficientemente grande como para alcanzar al ser humano, incluso cuando lo rechaza con el pecado. Esta doble vocación, a la filiación y a la fraternidad, nos define como seres humanos, ya que la identidad de nuestro ser es la de ser hijos de un mismo Padre y hermanos entre nosotros.

La fraternidad está enraizada en la paternidad de Dios.¹³ No se trata de una paternidad genérica, indiferenciada e históricamente ineficaz, sino de un amor personal, puntual y extraordinariamente concreto de Dios por cada ser humano (cf. Mt 6, 25-30). A la iniciativa de este Dios que

13 Cf. FRANCISCO, *Fratelli tutti*, 272.

crea a sus hijos y los ama corresponde la respuesta del ser humano. «Por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona; no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; y es llamado, por la gracia, a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede dar en su lugar».¹⁴

Hijos de un mismo Padre: una fraternidad cósmica

- 14.** Toda la creación guarda una unidad plena. Es decir, toda la comunidad cósmica vibra al compás de una misma armonía, porque toda la creación está implicada en una red de relaciones tejida por la libertad y la bondad de cada criatura. Todo lo que el ser humano haga o deje de hacer repercutirá en la creación entera, positiva o negativamente.

En el relato del Génesis se le confía al ser humano el cuidado de la creación. Por tanto, todo hombre y mujer debe acoger, contemplar, alegrarse de este don y custodiarlo; también debe buscar y encontrar al Creador en la creación que es su casa; y, por último, debe conocerse y comprenderse a sí mismo en esta casa, tejiendo relaciones fraternas, sanas, justas y duraderas con el prójimo. La vocación de toda la creación es la fraternidad universal, pues en ella se cumple el plan de salvación.

Pecado: ruptura del vínculo paterno divino

- 15.** Sin embargo, ya en el origen la sospecha sobre la bondad de Dios es sembrada en el corazón de Adán y Eva (cf. Gn 3,1). El diálogo filial con Dios se convierte en un silencio de duda y de alejamiento. El Edén deja de ser la tierra de encuentro y diálogo para convertirse en un lugar de escondite y de culpa (cf. Gn 3, 10).

Una fraternidad fracturada

- 16.** Este alejamiento inicial de los planes del Creador desencadenará la ruptura de la fraternidad entre Caín y Abel. A consecuencia de ella, el otro queda reducido de persona a un simple individuo. Es más, el hermano mayor, al perder su identidad filial, comienza a ver a su hermano menor como un rival y una amenaza. El pecado reduce a la persona a un mero individuo y, en todos los sentidos, busca destruir la creación.

¹⁴ Catecismo de la Iglesia Católica, 357.

El pecado fisuró la comunión con Dios, la comunión fraterna y la comunión con la creación. No obstante, dichas fracturas no tienen la última palabra en la historia de salvación. Por la redención realizada en Cristo y en su Iglesia hoy, por los sacramentos y la caridad, Dios sigue guiando el camino de la humanidad hacia la plenitud de la comunión en la responsabilidad y el cuidado del prójimo y de la casa común.¹⁵

- 17.** La pregunta de Dios a Caín es un interrogante que también hoy nos interpela con toda su fuerza: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4, 9). La humanidad lleva inscrita en sí una vocación a la fraternidad,¹⁶ pero también la dramática posibilidad de su traición. Da testimonio de ello el egoísmo cotidiano que está en el fondo de tantas guerras e injusticias: muchos seres humanos mueren a manos de hermanos y hermanas que no saben reconocerse como tales. En el signo de la custodia y responsabilidad por el otro podemos decir que somos o no somos hermanos. La fraternidad es el verdadero modo de entregarnos como hijos, el verdadero modo de amar a Dios: «Si alguno dice: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4, 20).

Fraternidad desfigurada: de hermanos a enemigos

- 18.** El amor entre los hermanos es tan necesario que sin este vínculo no existiría sociedad. La fraternidad en cuanto familia de Dios, por lo tanto, fomenta la solidaridad original en la diversidad de sus miembros y crea un equilibrio entre ellos. Por lo que la exigencia fundamental de la fraternidad sería la solidaridad original. El Papa Francisco nos recuerda que el mundo ha perdido sensibilidad, solidaridad y que prefiere el individualismo o mirar a un costado.¹⁷

La Iglesia no puede apartar su mirada de la falta de fraternidad social. El hecho de ser católica significa que ella es para todos, para que todos en ella sean familia. El Pueblo de Dios, que trasciende todo pueblo, se encarna en los pueblos de la tierra. Así, haciendo suyos los dolores y heridas de sus hijos, busca sanarlas con el unguento de la caridad.

¹⁵ Cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, 2 de marzo de 2018, 12.

¹⁶ Cf. FRANCISCO, *Mensaje por la XLVII Jornada Mundial de la Paz, La fraternidad, fundamento y camino para la paz*, 1 de enero de 2014, 2.

¹⁷ Cf. FRANCISCO, *Audiencia General*, 2 de septiembre de 2020.

Un pueblo herido

- 19.** Hay un mundo herido que nos precede. Constatamos que hay muchas heridas que siguen abiertas. Y hay nuevas heridas que van lacerando el mundo que vivimos. Estas si se tapan terminan por infectarse.¹⁸ Así, el miedo, el rechazo, el desprecio y la insensibilidad se traducen en xenofobia, violencia, exclusión, marginación, descarte del niño que está por nacer y del anciano; en fin, destrucción de la casa común. Incluso, tenemos que decir que este distanciamiento con los demás se hace manifiesto en un desprecio cada vez mayor a la misma especie humana. Esa es la herida que está desangrando al mundo. Una herida que supura la cultura del descarte y de la muerte.¹⁹

La Iglesia en su cuerpo no está exenta de estas heridas. También en ella las relaciones entre sus miembros se han visto muchas veces fracturadas. Hoy se ha tomado conciencia de terribles abusos, muchos de ellos graves delitos, entre quienes debieron ser «padres» y no victimarios del vulnerable. En diversas ocasiones, el Papa Francisco se ha pronunciado con fuerza contra la «plaga» de las ideologías eclesiales, las «pestes» del clericalismo en clérigos y laicos, y del *carrerismo* y la insuficiente participación de la mujer en la toma de decisiones.²⁰ Todas estas heridas de larga data aún sangran en sus miembros.

Llamados a la reconciliación

- 20.** Gracias a Dios, en los momentos más oscuros de la historia de nuestros pueblos, siempre surgen voces, gestos, dinámicas, personas que, guiadas por el Espíritu, como un faro en la noche, no dejan de marcar la senda que tenemos que recorrer.

Un ejemplo de ello fue san Óscar Arnulfo Romero (1917-1980) arzobispo de San Salvador entre los años 1977 al 1980. La falta de libertad en su país había llevado a una verdadera guerra civil entre las Fuerzas Armadas y diversos grupos insurgentes. La distancia entre ricos y pobres era cada vez mayor y la acumulación de la riqueza en unos pocos era escandalosa. Mons. Romero, creando una comisión para la

18 Cf. FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el Congreso de la Organización de Universidades Católicas de América Latina y el Caribe (ODUCAL)*, 4 de mayo de 2023.

19 Cf. FRANCISCO, *Fratelli tutti*, 18-21.

20 Cf. FRANCISCO, *Discurso a la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger - Benedicto XVI, con ocasión de la entrega del «Premio Ratzinger»*, 17 de noviembre de 2018. *Discurso a los participantes en un congreso organizado por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida*, 18 de febrero de 2023.

defensa de los derechos humanos, logra ser la voz de los sin voz. Con su anuncio del Evangelio y su denuncia por las injusticias vividas, rechaza la violencia revolucionaria. Supo acercarse al descartado, acompañando a Cristo en las madres de los desaparecidos, los campesinos abusados y los expropiados. Lamentablemente, su concreta opción preferencial por los pobres tuvo como respuesta asesinatos de fieles, catequistas y sacerdotes. Sufrió el calvario de la persecución, la manipulación inescrupulosa de sus homilías y diversos atentados contra su vida.

Su famosa homilía del V Domingo de Cuaresma del 23 de marzo de 1980 fue titulada «La homilía de fuego». Después de la masacre de 43 asesinatos en una semana, dirigiéndose a los hombres del Ejército, de la Guardia Nacional y de la Policía, afirmó: «Hermanos, son nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y, ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la Ley de Dios que dice: No matar. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la Ley de Dios [...] Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado [...] En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡Cese la represión!».²¹

Terminando la homilía del día siguiente en la capilla del Hospital de la Divina Providencia, desde la ventanilla trasera de un automóvil aparcado en el exterior, se asoma un rifle, imposible de ver por los fieles que miraban hacia el altar. El santo obispo de la fraternidad concluyó diciendo: «Que este Cuerpo inmolado y esta Sangre sacrificada por los hombres nos alimente también para dar nuestro cuerpo y nuestra sangre al sufrimiento y al dolor, como Cristo, no para sí, sino para dar conceptos de justicia y de paz a nuestro pueblo [...] En este momento sonó el disparo».²² Romero cayó a tierra. La bala le había atravesado el corazón.

El desafío de nuestro siglo es la fraternidad

- 21.** La fraternidad es un sueño que atraviesa la humanidad entera. No es una utopía, sino más bien la oportunidad de realizar la vocación de cada persona: la llamada al encuentro con los demás. Por eso, adentrarse en el tema de la fraternidad en nuestro momento histórico, es tarea de

21 ROMERO, ÓSCAR, *Homilías* (Tomo VI), UCA Editores, San Salvador, 2009, 453.

22 ROMERO, ÓSCAR, *Homilías*, 457.

todos: el cristianismo, las religiones, la política, la filosofía y la ciencia deben sondear sus profundidades. Fuera de la fraternidad, todo puede estar perdido.

Los ejemplos no faltan en la historia de la Iglesia y de nuestro mundo: Francisco de Asís, Josefina Bakhita, Charles de Foucauld, Teresa de Calcuta, Óscar Romero y otros. Ellos son testigos valientes de que el corazón humano está habitado por un deseo de fraternidad, capaz de vencer intereses particulares y nacionalistas, dictaduras e ideologías.

La fe cristiana revive en la persona la vocación humana a la fraternidad. Esto lo saben muy bien los discípulos del Señor Jesús que, cuando celebran la Eucaristía, están llamados a acoger a los demás, especialmente a los más necesitados y pobres, como personas que hay que sostener y amar, protegiendo la creación. La historia de la salvación es un camino con los demás, un camino de perdón y de reencuentros, un caminar no individual, sino fraternal.

2. La fraternidad realizada en Cristo

«¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan unidos!» (Sal 133, 1)

- 22.** Ya el pueblo de Israel en su peregrinar cantaba la alegría del caminar fraternal. Es la conciencia de que la unidad de la humanidad, en la riqueza de la diversidad, encuentra su origen en Dios mismo. Rostros, culturas, lenguajes y pensamientos «caminando juntos» hacia el principio y la meta de la vida: Dios.²³

La Eucaristía, la recapitulación de la historia

- 23.** Nuestro mundo herido no ha sido abandonado a su suerte, sino que ha sido merecedor de una sanación infinitamente mayor a su herida. «Ahí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5, 20). Dios nos ha sanado y nos ha hecho hijos suyos, asumiendo nuestra naturaleza, en el Hijo, para que nosotros podamos participar de su propia naturaleza. «Oh, ¡qué admirable intercambio! El Creador del género humano, tomando cuerpo y alma, nace de una virgen y, hecho hombre sin concurso de varón, nos da parte en su divinidad».²⁴

Precisamente, donde la herida del pecado ha construido el reino de la muerte, Dios hace brotar la vida de la herida del costado de Cristo (cf. Jn 19, 34). Las llagas abiertas de

23 Cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, 49-53.

24 *Liturgia de las Horas*, «Solemnidad de Santa María Madre de Dios», Antífona I de Vísperas.

Cristo crucificado son en el seno de la historia la herida de amor que sana las otras heridas del odio y la violencia que desfiguran nuestras existencias, quitándonos la identidad de hijos y de hermanos. Así la Palabra al hacerse hombre ha redimido a toda la creación porque el ser de Dios es crear y salvar.

¡Abba!, grito fraterno de los hijos en el Hijo

- 24.** La existencia de Jesús está marcada por una relación de intimidad y confianza con Dios a quién llama «Abba» (cf. Mt 6, 9-13; Lc 11, 1-4), es una expresión de cercanía nunca vista en la espiritualidad judía de aquel tiempo. Si la serpiente había desfigurado la imagen bondadosa de Dios en el Edén, provocando que el pecado rompiera el diálogo de vida con Adán y Eva, ahora es Jesús, el Hijo predilecto, que sana esta herida de desobediencia, autosuficiencia y rebeldía con su vida donada hasta el extremo al Padre en la cruz.

Al mismo tiempo, la invocación al Padre siempre es fraternal, es decir: «nuestro». Jesús enseñará a sus discípulos a llamar a Dios «Padre Nuestro» (Mt 6, 9). Somos hijos y, por tanto, hermanos. Este «nosotros» es la comunidad eclesial, llamada a reconocer, madurar y alimentar actitudes de fraternidad.

La Eucaristía: fuente y culmen de la fraternidad

- 25.** La Iglesia, fruto de la Pascua, testimonio del Señor y de su Reino, es signo concreto de la fraternidad que en el plan de Dios debe extenderse a toda la humanidad. El acto que primero nos incorpora al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, es el bautismo.²⁵ El lugar privilegiado de nuestra unidad corporal con el Señor y entre nosotros, su nuevo fundamento, es sin duda la acción litúrgica y, en particular, la celebración eucarística, especialmente la dominical. Es allí donde la comunidad cristiana custodia la verdad de las relaciones expresadas en la caridad y, es allí donde se abre el camino hacia la realización concreta de la fraternidad humana.
- 26.** Así el Hijo de Dios con su Cuerpo entregado en la última cena y en la cruz, ha sellado de una vez y para siempre la destrucción del muro del odio y de la enemistad que nos dividía y no nos dejaba ser hermanos (cf. Ef 2, 14-15). Entonces, el Dios creador del cielo y de la tierra no ha dejado la historia ni a su suerte, ni al silencio, ni al anonimato, sino

²⁵ Cf. FRANCISCO, *Audiencia general*, 11 de abril de 2018; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1213.

que la ha asociado de manera definitiva a un destino, a una voz, a un rostro, a un Cuerpo, el de Jesús de Nazaret, cuya presencia reconocemos en la celebración eucarística, mesa de la Palabra y del Pan de vida para el pueblo,²⁶ reunido fraternalmente por el Espíritu de Dios.

- 27.** En cada Eucaristía Cristo se hace presente en la asamblea reunida en su nombre, en el ministro que *in persona Christi* ofrece el sacrificio y preside el pueblo santo, en la proclamación de la Sagrada Escritura y, de manera excelente, en las especies del pan y vino consagradas. Cada una de estas presencias son expresión sacramental del único Cuerpo de Cristo conformado por la fraternidad de los hermanos, ese «nosotros», que ejercita su sacerdocio bautismal.²⁷ «La Liturgia no dice “yo”, sino “nosotros”, y cualquier limitación a la amplitud de este “nosotros” es siempre demoníaca. La Liturgia no nos deja solos en la búsqueda de un presunto conocimiento individual del misterio de Dios, sino que nos lleva de la mano, juntos, como asamblea, para conducirnos al misterio que la Palabra y los signos sacramentales nos revelan».²⁸

La celebración eucarística rompe todo muro y frontera de rivalidad, violencia y egoísmo. He ahí el Reino de Dios, un Reino de hijos en el Hijo, un Reino de hermanos reconciliados por el Padre bondadoso de Cristo, un Reino de hijos que agradecen y que al compartir la Palabra y el pan, signos de vida, de fraternidad y de reconciliación, son injertados dentro de la propia realidad de Dios.

En la mesa de la Palabra

- 28.** Dios habla y se comunica a la humanidad por medio de su Palabra. El Verbo, que estaba con Dios y era Dios, en la plenitud de los tiempos, se hizo carne naciendo de una mujer llena de gracia, y en su Pascua, con el don del Espíritu, hizo que la humanidad viviera de la Palabra que sale de la boca de Dios. Por eso, al celebrar la Eucaristía a lo largo del año litúrgico, en especial los domingos, el pueblo cristiano se sienta en torno a la mesa de la Palabra que es escuchada, celebrada, proclamada, asumida, para que toda la vida de la Iglesia se injerte en el misterio de Jesús crucificado y resucitado.²⁹

26 Cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 56; *Introducción General al Misal Romano*, 28.

27 Cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 7; *Introducción General al Misal Romano*, 3-5.

28 FRANCISCO, *Desiderio desideravi*, 19.

29 Cf. *Ordenación de las lecturas de la Misa*, 5. 60.

La mesa de la Palabra, alrededor de la cual se reúne el Pueblo de Dios, da vida a una celebración siempre renovada del «lenguaje del amor» que, entrando en diálogo con quienes lo escuchan, congrega a un pueblo de hermanos y hermanas. ¡Es la comunión de la Santa Iglesia!

La Eucaristía, fraternidad realizada

- 29.** En la Eucaristía se hace presente el Señor Resucitado, que es nuestra salvación, lo último y lo definitivo. La Eucaristía es una forma permanente de aparición pascual, es la presencia de lo definitivo en nuestro mundo pasajero. Es el comienzo de la irrupción de la Parusía. Se anticipa lo definitivo, los cielos y la tierra nuevos. A través, entonces, del memorial eucarístico, Dios conduce la historia y la humanidad peregrina hacia su consumación, donde todos seremos hermanos, donde la herida de fraternidad quedará sanada en la filiación divina. Esta realización escatológica del Reino en nuestro «aquí y ahora» es la anticipación en la historia de su final cumplimiento.

En la Eucaristía, Cristo, el que vive para siempre, se hace presente y nosotros entramos en comunión con Él en el Espíritu Santo. El Resucitado nos regala y dona lo que Él es: su Palabra, su Cuerpo y su Sangre, en definitiva: su Persona y su Vida. Persona y Vida del Hijo que ha reconciliado en sí todas las cosas y ha llevado a la plenitud de Dios nuestro ser.³⁰

En la mesa del Pan

- 30.** La Eucaristía es sanación para el mundo herido en la fraternidad. Ahí donde el pecado nos hizo desconocernos como hermanos y nos puso en relación de oposición y rivalidad, la Eucaristía nos hace sentarnos a la misma mesa del Cuerpo y de la Sangre de Cristo como hijos de un mismo Padre y por lo mismo, hermanos entre nosotros. Por ello, después del relato de la consagración, la Plegaria eucarística de la Reconciliación I, afirma: «Mira bondadosamente, Padre misericordioso, a quienes unes a ti por el sacrificio de tu Hijo, y concédeles, por la fuerza del Espíritu Santo, que, participando de un mismo pan y de un mismo cáliz, formen en Cristo un solo cuerpo, en el que no haya ninguna división».
- 31.** Situado entre la Plegaria eucarística y la comunión, toda la asamblea reza el *Padrenuestro*. Este recapitula todas

30 Cf. BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, 89.

las alabanzas e intercesiones expresadas a lo largo de la celebración y, por otra parte, nos impulsa hacia la puerta del Banquete del Reino, del que la comunión sacramental es un anticipo.

- 32.** La oración del *Padrenuestro* es una oración de comunión: es esencialmente la oración de una comunidad que vive en relaciones familiares. Al reconocer a Dios como «Abba», declaramos también el nuevo vínculo que se establece entre los discípulos de Jesús y todos los hombres. La paternidad de Dios es generadora de la fraternidad que reconocemos en el intercambio de un signo de paz.
- 33.** Luego, en procesión hacia el altar, ya al momento de comulgar, decimos «amén» al Cuerpo de Cristo que se nos presenta, conscientes de que con la comunión eucarística nos transformamos en lo que recibimos:³¹ «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él» (Jn 6, 56). Este amén y el comulgar tienen como consecuencia el hacer visible en la historia el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, un pueblo de hermanos que ofrece al mundo la presencia misericordiosa de los gestos y las palabras del Señor. «Es bonito, esto; es muy bonito. Mientras nos une a Cristo, arrancándonos de nuestros egoísmos, la comunión nos abre y une a todos aquellos que son una sola cosa en Él. Este es el prodigio de la comunión: ¡Nos convertimos en lo que recibimos!».³²

*Devoción eucarística y piedad popular:
expresiones de fraternidad*

- 34.** Esta fraternidad eucarística no solo se expresa en la celebración misma, sino que el pueblo creyente con su veneración fuera de la Misa la prolonga y profundiza. De hecho, la primera y primordial finalidad de la reserva eucarística es la fraternidad con el hermano enfermo en la administración del viático. Reserva eucarística que, paralelamente, ha llevado al Pueblo de Dios a «la laudable costumbre de adorar este manjar del cielo conservado en las iglesias».³³ La adoración eucarística, fruto del Espíritu Santo, cuyo origen y fin es siempre la celebración de la Misa, es expresión de la conciencia fraterna del pueblo sacerdotal de estar ante el Misterio que salva y une.³⁴

31 Cf. FRANCISCO, *Audiencia general*, 21 de marzo de 2018.

32 FRANCISCO, *Audiencia general*, 21 de marzo de 2018.

33 Cf. *Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto Eucarístico fuera de la Misa*, 5.

34 Cf. BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, 68.

Junto a esta devoción, muchas Iglesias locales y, en particular, aquellas de América Latina, se han visto enriquecidas por la multiforme piedad popular. Estas expresiones de la vida cristiana, del sacerdocio bautismal, ayudan a los fieles, con el lenguaje de la propia cultura, a perseverar en la fraternidad cristiana mediante la oración, la alabanza, el testimonio y la fiesta.³⁵ La piedad popular marca el corazón del pueblo creyente, traspasando de generación en generación un modo de ser cristiano particular.³⁶ Así lo refleja, por ejemplo, la música, las danzas, los coloridos trajes, la quema de castillos y las calles engalanadas con alfombras de flores para la procesión del *Corpus Christi* en Cuenca, Pujilí o Quito.

Un rico testimonio de la fraternidad en la piedad popular son los innumerables santuarios, en particular aquellos marianos, los cuales, cual epifanía de Cristo, el gran santuario del Padre,³⁷ son una extensión de la tienda divina que acoge a sus hijos y hermanos. En la Arquidiócesis de Quito se puede pensar en el Santuario Mariano Nacional de El Quinche, donde no solo el 21 de noviembre, sino todos los días del año, en aquella casa María, como la noche de Navidad, acoge a ricos y pobres para mostrarles a su Hijo (cf. Lc 2, 16-17). En él y en cada santuario popular, los peregrinos, despojados de las apariencias del mundo, participan con fervor de la celebración de la Eucaristía. Todos, sin distinción, encuentran las puertas abiertas, la mesa dispuesta y, en el camino hecho juntos y en la oración compartida, experimentan la fraternidad como designio creador de Dios y don de la fe en Cristo.

La fraternidad sin los últimos no es fraternidad

35. Esta fraternidad realizada en Cristo para que sea verdadera debe ser universal. «El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres».³⁸ El misterio de la encarnación nos habla de esa opción preferencial por los pobres. La salvación pasó por el sí de una humilde joven y el Salvador nació en la pobreza.

En el Evangelio según San Mateo, se habla de ellos de una

35 Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*, 86.

36 Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 122-123; *Discurso del Santo Padre. Santuario Nacional Mariano de El Quinche* (Quito), 8 de julio de 2015.

37 Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*, 262.

38 FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 197.

manera que sacude nuestras conciencias: «los últimos» (Mt 20, 16) son los excluidos, las víctimas, los pobres, las mujeres, los indígenas, los niños y ancianos, los enfermos, las masas sobrantes, los que no tienen voz ni cuentan ni en la sociedad ni en la Iglesia, los rostros sufrientes, los insignificantes, los *nadies* que, sin embargo, serán nuestros jueces el último día y con los cuales se identifica el Señor (cf. Mt 25, 31-45).

La Iglesia: una tienda para todos

- 36.** El evangelio del juicio final nos habla de una misteriosa, pero real identificación de Cristo con los marginados, los últimos, los que pasan hambre, los que están desnudos, enfermos o prisioneros (cf. Mt 25, 31-45). También es significativo que el Evangelio de Juan, en lugar de la institución de la Eucaristía, proponga el relato del lavatorio de los pies (cf. Jn 13, 1-20), donde el Señor invita al servicio fraterno, para que las comunidades cristianas no se limiten a repetir el gesto ritual, olvidando el profundo sentido social de la Eucaristía: prolongar el servicio de Jesús a los demás, la entrega de su vida por los demás.³⁹

La misma muerte de Jesús está ligada a su opción por los pobres. Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre por nosotros a fin de enriquecernos (cf. 2 Cor 8, 9). En los Hechos de los Apóstoles, en la Iglesia de Jerusalén, la fracción del pan está unida a una solidaridad que se extiende a los pobres. Pablo se indigna de que los corintios no compartan la mesa y dice que su reunión no es la Cena del Señor (cf. 1 Cor 11, 20).

- 37.** La teología y la acción pastoral latinoamericana han subrayado, en su experiencia de fe, la conexión entre Eucaristía, caridad y justicia, dando voz a la opción prioritaria por los más pobres y descartados; por una acción transformadora de la realidad a partir de las virtudes teologales y morales en una perspectiva decididamente personalista. Una opción que no es ni aceptación ni resignación, antes bien implica un momento de rechazo y denuncia, de compromiso por la erradicación y superación de todas esas realidades que, en cuanto atentan contra el hombre y su entorno ecológico, bloquean y pervierten el designio salvífico de Dios.

³⁹ Cf. BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, 88.

El grito de Montesinos

- 38.** En la historia de la Iglesia latinoamericana hay que recordar que el primer grito profético a favor de los indígenas aconteció en una celebración eucarística en La Española, cuando el dominico Antonio de Montesinos, en el Adviento de 1551, comentando el pasaje evangélico referente a Juan Bautista, «Yo soy una voz que clama en el desierto» (Jn 1, 23), exclamó: «Esta voz, dijo él, dice que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre *aquestos* indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas; donde tan infinitas *dellas*, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? [...] ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a *amallos* como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos?».⁴⁰

Bartolomé de las Casas, un comendero español, quedó profundamente afectado. Más tarde, meditando el texto de Eclesiástico 34, 21-22 en el que se critica duramente a los injustos, liberó a sus esclavos, se hizo fraile dominico y, nombrado obispo, se convirtió en el gran defensor de los indígenas.

- 39.** La celebración de la Eucaristía tiene necesariamente las implicaciones sociales, políticas e históricas de un banquete de hermanos en los que ya no hay distinción de persona, y del que brota una nueva civilización, tal como lo afirma el *Documento Conclusivo de Aparecida* (2007): «Alabamos al Señor porque ha hecho de este continente un espacio de comunión y comunicación de pueblos y culturas indígenas. También agradecemos el protagonismo que van adquiriendo sectores que fueron desplazados: mujeres, indígenas, afroamericanas, campesinos y habitantes de áreas marginales de las grandes ciudades. Toda la vida de nuestros pueblos, fundada en Cristo y redimida por Él, puede mirar al futuro con esperanza y alegría».⁴¹ Recientemente la *Nota conjunta sobre la «Doctrina del descubrimiento»* del Dicasterio para la Cultura y la Educación y el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral se expresa en estos términos: «Fiel al mandato recibido por Cristo, la Iglesia católica se esfuerza por promover la fraternidad universal y el respeto de la dignidad de todo ser humano» (n. 1).

40 DE LAS CASAS, BARTOLOMÉ, *Historia de las Indias*. (T. III), Imprenta Miguel Ginesta, Madrid 1875, 365-366.

41 V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento conclusivo de Aparecida*, 128.

3. Fraternidad para sanar el mundo

«Denles de comer ustedes mismos» (Lc 9, 13)

- 40.** En el texto de la multiplicación de los panes que nos regala el evangelista Lucas, no solo acontece el milagro del alimento abundante para todos, hasta saciarse y más, sino también el de una comunidad que, constituida en asamblea en torno su Maestro, recibe el mandato de la caridad; así, poniendo de lo suyo y su propio esfuerzo físico, sale de sí misma para alimentar a la multitud hambrienta. Signo profético eucarístico de un pueblo que no se encierra en el intimismo de sus templos, sino que es enviado por su Señor a ser pan partido ellos también para la vida y la fraternidad del mundo de hoy.

La reconciliación y la violencia

- 41.** La acción sanadora de Cristo sobre el mundo se enfrenta a las dramáticas realidades de nuestra historia, en la que la violencia generalizada nos ha convertido a todos en víctimas y verdugos al mismo tiempo. En nuestro país, mayoritariamente católico, por ejemplo, hablar de fraternidad reconciliada puede tener un sabor de incredulidad al recordar lo acontecido en nuestras cárceles y en nuestras calles, donde inocentes y culpables han perdido la vida sin discriminación, haciendo, por ejemplo, de los últimos años los más violentos de nuestra historia reciente.

Somos conscientes de que la redención es real, pero esta tiene que llegar a su consumación definitiva. El mundo ha sido sanado, en su corazón y en su destino, aunque descubramos realidades donde esta sanación no se ha manifestado plenamente. La indignación frente a la violencia

y el anhelo de solucionarla nos habla de la realidad cierta de ser sanados. Podemos comprobarlo en el testimonio de muchos hombres y mujeres, quienes, a partir del testimonio de Cristo, siendo sus discípulos misioneros,⁴² han sabido responder de manera evangélicamente diferente a la creciente violencia que azota nuestra manera «natural» de relacionarnos los unos con los otros.

El perdón, el ejemplo de Cristo

- 42.** Estamos frente a una constatación y una búsqueda: el mundo está herido, urge encontrar caminos de fraternidad y no dejarnos vencer por la violencia que degrada a la persona humana y a toda la creación. Desde que tenemos memoria como humanidad, siempre han existido sociedades en conflicto donde acontece el fratricidio: el hermano mata a su hermano en una multiplicidad de formas. La Escritura también cuenta la misma historia, pero atravesada por la certeza de que Dios no está del lado del verdugo, sino de la víctima.

La revelación cristiana desarma el enigma del deseo violento, no porque anula el dinamismo de imitación que construye las sociedades, sino porque lo encauza hacia la verdadera imitación, a saber: no la imitación del verdugo, ni tampoco de la víctima rencorosa, sino la imitación de la víctima perdonadora, que es Cristo, el Hijo de Dios, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Los cristianos, cada domingo en la celebración eucarística, ponemos delante de nosotros al Crucificado, a Aquel que ofrenda la vida por Amor, Aquel que se parte y se comparte, Aquel que perdona a sus verdugos. Ni una palabra de venganza, ni un gesto de maldición.

La voz de las víctimas

- 43.** La voz de los vencidos es entonces la condición de posibilidad para que la violencia cese de una vez para siempre. Esa ha sido, por ejemplo, la experiencia del Papa Francisco ante las víctimas de abuso al interior de la Iglesia⁴³ y ante otras tantas víctimas de la inequidad humana.⁴⁴ Sus voces han

42 Cf. V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento conclusivo de Aparecida*, 28-29.

43 Cf. FRANCISCO, *Discurso en ocasión de la entrega de las insignias de caballero y dama de la gran cruz de la orden de Pío IX al Sr. Philip Pullella y la Sra. Valentina Alazraki*, 13 de noviembre de 2021.

44 Cf. FRANCISCO, *Encuentro con los pueblos indígenas, primeras naciones, Métis e Inuit* (Canadá), 25 de julio de 2022; *Discurso a los participantes en un encuentro organizado por la Strategic Alliance of Catholic Research Universities y la Fundación Centesimus annus pro pontifice*, 11 de marzo de 2023.

sido un grito de esperanza. Si bien la historia muestra que aparentemente los verdugos siguen triunfando, tenemos que reconocer otra constante de esa misma historia: sigue habiendo justos, santos anónimos, que dan su vida por los demás. Ahí radica la fuerza transformadora del Evangelio y, en particular, la Eucaristía: los creyentes vivencian, experimentan y realizan la acción de comulgar con el camino abierto por Jesucristo, a saber, el acto de amar a costa de la propia vida.

Una fraternidad sanada: la gratuidad

44. Los relatos pascuales de las apariciones de Jesús abren la posibilidad de construir una comunidad ya no en términos de rivalidad, sino de gratuidad. Las llagas de la Pasión son mostradas por el Resucitado no para vengar la humillación sufrida y perseguir a los asesinos, sino para convocar a todas las naciones a creer en la Buena Noticia del perdón y la misericordia. Así, el Resucitado hace posible celebrar la Eucaristía no en el llanto del sepulcro, sino en la alegría de un mundo nuevo, donde es posible celebrar la reconciliación como don que transforma las relaciones fraticidas en comunidad de hermanos.

Gracias a este acto de gratuidad absoluta del Cordero inmolado, que es Cristo Jesús, es posible pasar de la memoria desdichada de las víctimas, cuya sangre clama al cielo, a una memoria dichosa que integra el clamor de fraternidad en un acto universal que reconcilia a todos. No se trata de un simple indulto para los culpables, ni de la triste complicidad que aliena a la víctima, sino de la reconciliación como capacidad de hacer nuestra la miseria del otro en un acto de perdón, condición de posibilidad de una historia nueva y de una nueva creación.

Es el Cordero de Dios que expresa plenamente la lógica eucarística del don que salva, como ya había anunciado Isaías: «En sus heridas hemos sido curados» (Is 53, 5c). La invitación de Jesús «denles de comer ustedes mismos» (Lc 9, 13) y la del Cristo pascual en el memorial eucarístico «hagan esto en memoria mía» (Lc 22, 19) nos aseguran que no hay otro camino para reconstruir la fraternidad que dar la vida y darla hasta el extremo, como fieles discípulos misioneros de Aquel que es alimento de vida eterna. Una vida que se parte y se comparte hasta saciar el hambre de fraternidad de todos los pueblos y culturas. «Qué lindo sería que todos pudieran admirar cómo nos cuidamos unos a otros. Cómo mutuamente nos damos aliento y cómo nos acompañamos. El don de sí es el que establece la relación interpersonal que no se genera dando “cosas”,

sino dándose a sí mismo. En cualquier donación se ofrece la propia persona. “Darse”, darse significa dejar actuar en sí mismo toda la potencia del amor que es Espíritu de Dios y así dar paso a su fuerza creadora».⁴⁵

Creación y fraternidad universal

- 45.** Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, conscientes de la barbarie producida por esta guerra fratricida, todos los pueblos elaboraron la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) que pretendía poner fin a la violencia asesina entre los pueblos de la Tierra. Pero los acontecimientos históricos vividos desde entonces nos hacen constatar que la sed de poder, como una maldición, se cierne sobre la humanidad, dando lugar a muchas formas de violencia que parecen invencibles. ¿Cómo controlar el deseo de poder que nos habita? ¿Dónde encontrar el remedio?

Tras las huellas de Jesús: humildad y ternura

- 46.** La historia de Jesús nos enseña el camino: el abajamiento en una humildad radical y la delicadeza absoluta de la «ternura» frente al otro. La humildad implica reconocer el *humus* de nuestra humanidad, en ese barro todos nos encontramos y nos reconocemos hermanos y hermanas porque todos somos hechos del mismo *humus*. Desde ese *humus* nos ligamos, tiernamente a toda la creación. De ahí que es necesario y urgente despojarnos de todo título de superioridad, rezagos de un antropocentrismo sin Dios que ha destruido la Casa Común.⁴⁶

Poniendo de lado todos los intereses que se interponen entre el otro y yo, tenemos que hacernos pobres para encontrarnos cara a cara, para mirarnos a los ojos, para abrazarnos fraternalmente. Más allá de toda diferencia, somos hermanos y hermanas. Conscientes de nuestra pobreza, seremos más hermanos de la tierra, del fuego, del aire, del agua y de los animales, respetando todas las formas de vida. La fraternidad humana pasa por esta fraternidad cósmica.

Esta actitud consiste en volver a un estilo de vida sencillo, venciendo la tentación del consumo que nos ahoga en lo superfluo, que nos hace prisioneros de las cosas y que

45 FRANCISCO, *Homilía Santa Misa por la evangelización de los pueblos* (Quito), 7 de julio de 2015.

46 Cf. FRANCISCO, *Fratelli tutti*, 194.

crea desigualdades y barreras con respecto a los otros, destruyendo la fraternidad, no solo con los hombres, sino con todas las criaturas. Si no cultivamos este estilo universal de fraternidad, la fraternidad humana es una ilusión en constante peligro.

La fraternidad universal es posible

- 47.** ¿Es posible una fraternidad universal? Sí, esta debe ser vivida como un estilo contracultural en el seno de las comunidades cristianas, reunidas alrededor de la víctima perdonadora que es Cristo, y esa realización genera en el mar de la historia, ondas de expansión que pueden recrear el mundo desde abajo y desde adentro. El cristianismo primitivo es la prueba fehaciente de la capacidad que tiene la fe cristiana de reinventar la sociedad y la cultura, y todo ello, en la fuerza de Aquel que nos reúne alrededor de la misma mesa, haciéndose alimento en su Evangelio y en su Cuerpo y Sangre.

Precisamente, la celebración eucarística, como gran acción de gracias, une el cielo y la tierra, y nos hace artesanos de fraternidad y sabios custodios de la casa común. Por eso, la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado. No podemos rechazar esa opción: es una exigencia para la continuidad de la comunidad humana en este planeta.⁴⁷

La Iglesia: testimonio de la sanación del mundo

- 48.** «La Iglesia vive de la Eucaristía»⁴⁸ y la Eucaristía sana el mundo, por ello, necesariamente tenemos que volver nuestra mirada a la comunidad cristiana, a la Iglesia, comunidad de hombres y mujeres reunidos por el Señor para estar con Él y llevar el pan de su Palabra y de su Cuerpo a todas las naciones. Es la vivencia humilde y tierna del «denles de comer ustedes mismos» (Lc 9, 13) de Jesús. Hombres y mujeres que, desde su vocación propia, son enviados como sal y luz, como levadura en la masa, llamados a ser la memoria y el fermento de esta sanación en medio del mundo. La fuerza sanadora de la Eucaristía se juega en el testimonio de los cristianos, en ser esa comunidad fraterna, esa Iglesia en salida que vive el mandato de Cristo.

⁴⁷ Cf. FRANCISCO, *Laudato si'*, 161. 236.

⁴⁸ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, 1.

En cada celebración eucarística resuenan las palabras de Jesús: «Hagan esto en memoria mía» (1 Co 11, 24). ¿A qué se refiere el Señor? ¿De qué tenemos que hacer memoria? Se trata de la memoria del amor. Necesitamos hacer memoria de que Jesús nos amó hasta el fin, entregándonos su Cuerpo y su Sangre, su vida entera. La memoria de su amor renueva nuestra fe y despierta nuestro amor, nos hace entrar en la lógica escandalosa de Dios que sacude nuestro egoísmo: el que quiera ganar su vida la perderá, el que quiera ser el primero que se haga el último (cf. Mt 16, 25).

Esto transforma la vida cotidiana, la abre al compartir, responde a las exigencias de justicia y de paz que se agitan en el corazón del mundo, impulsa a proteger la creación. Cada domingo, en el Día del Señor (cf. Ap 1, 10), hay hombres y mujeres de toda raza, lengua, pueblo y nación (cf. Ap 7, 9) que, en todas las latitudes, se reúnen en asamblea en torno al altar del Señor, para ser juntos el Cuerpo de Cristo en el corazón de nuestro mundo.

«Pueden ir en paz». Un envío misionero

- 49.** Una vez celebrada la Misa, las asambleas litúrgicas se disuelven lentamente y se dispersan como semillas en los surcos de la tierra. Después de escuchar su Palabra, de compartir el mismo Pan y beber del mismo Cáliz, los cristianos vuelven a sus casas, escuelas, oficinas, comercios, lugares de ocio, trazando nuevos caminos que a través de la red de fraternidad construyen el Reino. Con justa razón, la oración colecta del lunes de la Octava de Pascua reza: «Concede a tus siervos vivir el sacramento que recibieron con fe».

Así, después de comer el Cuerpo «entregado», los cristianos se convierten en el «cuerpo ofrecido por las multitudes», sirviendo al Evangelio en los lugares de fragilidad y de cruz, compartiendo y curando. Es en las pruebas, a menudo inhumanas, de las migraciones, de los extremismos opuestos, de los problemas laborales donde los cristianos prolongan la celebración del memorial de la cruz, y así hacen vivo y presente el Evangelio del Siervo que, entregándose por amor, curó el pecado del mundo y construyó la fraternidad.

La vida, una Misa prolongada

- 50.** La verdadera celebración de la cena del Señor es la que va convirtiendo nuestra vida en Eucaristía para que el

mundo tenga vida.⁴⁹ En la Eucaristía, Jesús invita a toda la comunidad de discípulos a entrar en ese acto de imitación de la dinámica de su vida, es decir, a «tomarse», a «romperse» y a «partirse» para llegar a ser pan para la humanidad. Para hacer memoria de su entrega debemos hacer lo mismo que Él hizo con sus discípulos y con cada uno de nosotros: lavar los pies, es decir, abajarnos y servir a nuestros hermanos. Lavar sus pies, lavar sus rostros, lavar sus corazones con nuestro amor y misericordia. Por eso, hacer memoria del amor de Jesús no es solo recordar, sino vivir hoy ese amor a Él en nuestros hermanos. La memoria del amor se transforma en tarea de amor y así nos abre al futuro, a la esperanza de la Pascua, a la esperanza de la felicidad plena. No basta participar en la Misa «para sentirnos bien con Dios», sino que se trata de que ese amor arriesgado de Jesús vaya encontrando forma en nuestra vida.

¿Cuántas mamás, cuántos papás, junto con el pan de cada día cortado en la mesa de casa, se rompen la espalda para criar a sus hijos, y criarlos bien? ¿Cuántos cristianos, en cuanto ciudadanos responsables, se han desvivido para defender la dignidad de todos, especialmente de los más pobres, marginados y discriminados? ¿Dónde encuentran la fuerza para hacer todo esto? Precisamente en la Eucaristía: en la víctima perdonadora, en el poder del amor del Señor Resucitado, que también hoy parte el pan para nosotros y nos repite: «Hagan esto en memoria mía» (Lc 22, 29).

La fuente de la vida

- 51.** En la Eucaristía somos integrados al Maestro y reconocemos que todo testimonio nace de Él. Ya que Él es el testigo supremo, nuestro testimonio es siempre participación en el suyo, que toma forma de anuncio del Reino y del servicio al prójimo en don de sí mismo. Esto es lo que nos recuerda la eclesiología de comunión del Vaticano II: «La Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización [...] centro y cumbre de la vida de la Iglesia».⁵⁰ Es verdad que permanece la tentación constante de escapar de esta realidad escudándonos en ritualidades y espiritualidades intimistas, pero si somos sinceros con lo que celebramos debemos rechazar inmediatamente esta amenaza. En el Crucificado contemplamos el amor más grande y el desprecio más atroz, pero la fe ha querido centrar sus ojos en el amor, de modo que el odio ya no tiene la última palabra, sino el Amor: «Padre perdónalos porque no saben lo

49 Cf. FRANCISCO, *Audiencia general*, 4 de abril de 2018.

50 JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, 22. 31.

que hacen» (Lc 23, 34). Aunque la lanza del soldado romano quiera sellar el crimen con la estocada final de la violencia asesina, Dios hace brotar vida y salvación: sangre y agua (Jn 19, 34). Un testimonio que se hace profecía y acción. «Seamos profetas de esperanza que anuncien el amor de Dios en estos momentos de crisis, que denuncien las ideologías y estructuras de pecado y que renuncien a toda voluntad de dominio, posesión o manipulación del rebaño de Dios. Sabemos que el profeta no es un vidente del futuro, sino aquel hombre de Dios que sabe leer e interpretar la historia de su pueblo como una historia de salvación».⁵¹

- 52.** Ese testimonio permea la vida de nuestras comunidades cristianas en cada tiempo y lugar. En 1954, el P. Leonidas Proaño Villalba fue nombrado obispo de la Diócesis de Riobamba (Ecuador), territorio que tiene la mayor población indígena del país. Siguiendo la inspiración del Concilio Vaticano II, centró su misión pastoral en la opción preferencial por los pobres, que eran los rostros concretos de cientos de comunidades indígenas explotadas, marginadas y excluidas del derecho a la educación, a la salud, al trabajo, a la tierra, a ser reconocidas en su idioma, cultura y tradiciones.

Taita (padre en *quichua*) Leonidas, comenzó a impulsar una Iglesia-comunidad enraizada en el encuentro con Jesucristo, marcada por la fraternidad y centrada en la Eucaristía: «Fui a visitar una comunidad [...] la gente había preparado la liturgia, las lecturas de la palabra de Dios, que iban por el sentido comunitario, hablaban de las primeras comunidades cristianas. Entonces les pregunté: ¿Y ustedes, forman una comunidad cristiana? Sí, me dijeron. Les pedí que me expliquen las características que le hacían una comunidad cristiana. [...] Empezaron a contarme lo que hacían como comunidad y, de repente, una señora pobremente vestida me pidió, levantando la mano, la palabra y llorando me dijo: “Sí, Monseñor, la comunidad cristiana aquí está viva y activa, yo soy testigo de lo que ha hecho. Mi marido enfermó gravemente, y como somos pobres, no teníamos con qué ir a Riobamba, con qué pagar un médico, con qué comprar una medicina, no teníamos nada, pero la comunidad se preocupó de nosotros, vino a ver a mi marido, hizo una colecta, contrató al médico, le trajo en taxi, pagó los remedios –que eran muy caros–. Gracias a todos ellos, a la comunidad, yo no soy viuda”».⁵²

51 ESPINOZA, Alfredo José, *Carta Pastoral «Profetas de Esperanza»*, Quito, 22 de abril de 2022.

52 BELLINI, Luciano (c), *Palabras de Liberación. Discursos y homilias de Mons. Proaño*, Quito, Abya Yala, 2009, pp. 58-59.

- 53.** Si sentimos el silencio tras el disparo que mató a Mons. Óscar Romero, si escuchamos la voz de Montesinos que sigue cuestionándonos, y si contemplamos en cada una de nuestras comunidades el testimonio de tantos hombres y mujeres que han entregado su vida por la fraternidad para sanar el mundo, entonces es la prueba de que el Crucificado Resucitado sigue uniéndonos a Él y a su Padre porque en Él: «Todos somos hermanos» (Mt 23, 8).

Conclusión

Eucaristía: un salmo de fraternidad

«*Ustedes son todos hermanos*» (Mt 23, 8)

54. La herida que el pecado provocó hizo que Adán rompiera su diálogo con Dios y los lazos de fraternidad quedaran manchados con la sangre de Abel. Esta herida ha sido sanada por el Hijo de Dios con su muerte y resurrección, cuyo memorial celebramos en la Eucaristía, cena pascual de la alianza nueva y eterna. El Padre hace don del Hijo al mundo que tanto ha amado y el Hijo se hace amor hasta la muerte y una muerte en Cruz (cf. Flp 2,8). La eternidad del amor ha entrado en la historia.

El hombre ya no tiene que esconderse entre las hojas de higuera de la mirada de Dios. La claridad meridiana del amor de Cristo restablece el diálogo y la comunión de Dios con los hombres. La cena pascual es el nuevo Edén, donde el hombre es al fin verdadero hijo que se sienta a la mesa del Reino. Y al mismo tiempo, la Eucaristía se convierte en el cenáculo de fraternidad porque nos une al Hijo que se hace pan y cáliz de bendición, haciéndonos hermanos: «Porque existe un solo pan, todos nosotros somos un cuerpo, pues, aun siendo muchos, todos participamos de un solo pan» (1 Cor 10, 17).

El egoísmo que había envenenado el corazón de Adán y manchado de sangre las manos de Caín ha sido vencido por el Hijo de Dios hecho hombre. En el banquete eucarístico, Él, con el pan en sus manos, dirige su oración de acción de gracias al Padre, redimiendo toda imagen distorsionada de Dios como enemigo del hombre. Y partiendo el pan y dándole a sus discípulos, sana la fraternidad herida. La Eucaristía es, en realidad, la curación de nuestro amor.

En la oración de Cristo todos tenemos un lugar especial porque todos estamos llamados a la comunión: «Padre que todos sean uno» (Jn 17, 21). Y al mismo tiempo, este nuevo «nosotros» de la Eucaristía no se queda en un cenáculo cerrado, sino que nos orienta al servicio mutuo en el prójimo real y visible, es decir, el amor eucarístico se desborda para sanar las heridas del mundo.

- 55.** En América Latina, el dinamismo eucarístico de las comunidades eclesiales ha encontrado su centro vital en la escucha «celebrada» de la Palabra y en el «partir el Pan». De la misma manera como en la asamblea de Jerusalén, Santiago, Pedro y Juan estrecharon la mano de Pablo y Bernabé como signo de reconocimiento, comunión y misión con la petición: «Que nos acordáramos de los pobres» (Gal 2, 10), lo hacemos nosotros hoy en cada Eucaristía.

La respuesta de Dios Padre al anhelo de fraternidad humana está en la persona de Jesucristo, quien se ha hecho Pan de Vida por amor para sanar las heridas del mundo. De ahí que la Iglesia debe estar siempre en salida y renovar la fecundidad de su acción evangelizadora, identificando el Cuerpo de Cristo en el cuerpo maltratado del prójimo, del último, del más pequeño, del que sufre en su humanidad y poniéndose a su servicio con los mismos gestos y palabras de vida, de cercanía, de amor y de dignidad que Cristo tuvo hacia los más pequeños. Solo así, la Eucaristía sigue siendo Palabra y Pan de vida para sanar las heridas de los más pequeños y olvidados de este mundo.

- 56.** El cardenal Jorge Mario Bergoglio, cuando era arzobispo de Buenos Aires, predicaba que la Eucaristía es el sello de amor de Dios en nosotros y, en nosotros, para los más pequeños: «Que el pan dividido transforme nuestras manos vacías en manos llenas, con esa medida “apretada, sacudida y desbordante” que promete el Señor al que es generoso con sus talentos. Que el dulce peso de la Eucaristía deje su marca de amor en nuestras manos para que, ungidas por Cristo, se conviertan en manos que acogen y contienen a los más débiles. Que el calor del pan consagrado nos queme en las manos con el deseo eficaz de compartir un don tan grande con los que tienen hambre de pan, de justicia y de Dios».⁵³
- 57.** La Iglesia es sacramento universal de salvación en la medida que está unida a Cristo.⁵⁴ Si Cristo es comunión, también la Iglesia es comunión, no solo entre los hombres, sino «por Él, con Él, y en Él» es comunión con el amor eterno trinitario

53 BERGOGLIO, JORGE MARIO, *El verdadero poder es el servicio*, Claretiana, Buenos Aires, 2013, 243-244.

54 Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 1-2.

de Dios. La Iglesia nacida del corazón de Cristo, es enviada a generar estas nuevas relaciones fraternas vividas en el amor eucarístico, que incluye a todos y no deja fuera a nadie. Al mismo tiempo, la Eucaristía es el altar del mundo donde se eleva la buena acción de gracias a Dios y se renueva la alianza de vida y de cuidado de toda la creación.

- 58.** En comunión con la Virgen María, mujer «eucarística»,⁵⁵ con santa Marianita de Jesús,⁵⁶ que entregó su vida en oblación por nuestro pueblo, y con el beato Emilio Moscoso,⁵⁷ mártir de la Eucaristía, unámonos a todos los seres humanos y siendo voz de todas las demás creaturas elevamos desde nuestra casa común este Salmo de fraternidad:

*Naciones, pueblos, territorios, ¡gente!,
tanto vecino y familiar, cuantas parejas
rotos y amargos, divisos y dispersos,
pólvora triste que desangra a tantos,
drogas que ahogan lo vital y el canto...*

*Perdona, Señor, mi intransigencia,
esta absurda señal de barro mío
que me aparta de lo humano y lo divino,
que fractura lo fraterno y te entristece,
discreta presencia, tú, en pan y vino.*

*Sangre humana por humanos derramada
es sangre hermana de ruta fratricida.
Mira, Señor, benevolente y magno
la mente trunca, el corazón rajado,*

55 Cf. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 53-58.

56 Marianita de Jesús Paredes Flores (Quito, 1618-1645), la «Azucena de Quito». Primera santa ecuatoriana, ofreció su vida por la salvación de su país golpeado por una terrible epidemia. El Congreso del Ecuador en el año 1946 le otorgó el título de «Heroína de la Patria».

57 Salvador Víctor Emilio Moscoso Cárdenas (Cuenca, 1846-Riobamba, 1897). Sacerdote jesuita, asesinado por odio a la fe por militares fieles al régimen revolucionario en una lucha fratricida que ensangrentó a Riobamba.

*los labios suplicantes de acogida,
en tu amante corazón sean asilados.*

*Perdona, Señor, mis egoísmos,
la ternura que no se transparenta,
mi afrontado dolor que aun siendo mío
eres tú quien lo asume en el madero,
discreta presencia, tú, en pan y vino.*

*Ayúdanos tú, Señor, a ser Iglesia,
en sinodal camino, siempre hermanos
y ya sin odios, egoísmos ni rencores
saborear íntima paz de diálogo y amores,
tu bálsamo que sana las heridas,
las heridas del mundo que a ti claman.*

ANEXOS

ORACIÓN DEL 53° CONGRESO
EUCARÍSTICO INTERNACIONAL 2024

Señor Jesucristo,

Pan vivo bajado del cielo:

*Mira al pueblo de tu corazón
que hoy te alaba, te adora y te bendice.*

*Tú que nos reúnes alrededor de tu mesa
para alimentarnos con tu Cuerpo,
haz que superando toda división, odio y egoísmo,
nos unamos como verdaderos hermanos,
hijos del Padre Celestial.*

*Envíanos tu Espíritu de amor,
para que buscando caminos de fraternidad:
paz, diálogo y perdón,
colaboremos para sanar las heridas del mundo.*

Amén.

EL LOGO

LA CRUZ



La Cruz de Cristo entra en la carne del mundo para sanar las heridas abiertas por el pecado. Allí donde la humanidad ha desatado la mayor violencia sobre el Cordero de Dios, ahí mismo, Dios ha derramado en las señales del agua y la sangre que brotaron del costado abierto de Cristo. El Crucificado - Resucitado abraza a todos como hermanos reconciliados con el Padre.

EL CORAZÓN



El Corazón abierto de Cristo en la Cruz es la fuente del amor que hace nuevas todas las cosas. Su herida es fuente de vida y de reconciliación. Las llagas abiertas del Resucitado son las heridas del amor que sanan las heridas del odio, la enemistad, la violencia y la muerte que afligen a la humanidad.



53° Congreso Eucarístico Internacional

LA HOSTIA



La Hostia recuerda la Eucaristía, cumbre y fuente de toda vida cristiana. Ofrece un nuevo rumbo a la historia humana, porque Dios sigue congregando a su pueblo, desde donde sale el sol hasta el ocaso, reuniéndolo en torno a la Palabra de Vida y al Pan vivo bajado del cielo. La Eucaristía es un vínculo de fraternidad: si el pecado lo rompe, la celebración eucarística nos reúne en la misma mesa como hijos del mismo Padre Celestial.

QUITO



Quito, ciudad de la mitad del mundo, situada en la latitud cero, extiende su tienda para convertirse en una inmensa ciudad eucarística, donde todos estamos invitados a construir el sueño de una fraternidad redimida y sanada por el amor total de Cristo que en esta hora de la historia nos dice: «Ustedes son todos hermanos» (Mt 23, 8).

HIMNO OFICIAL
53° CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL 2024

En torno a tu mesa

Coro

*Fraternidad para sanar el mundo
eso nos muestras, Señor, desde la cruz.
/Tú nos congregas en torno a tu mesa
y nos enseñas al hermano a amar/.*

Estrofa I

*Con tu cuerpo y sangre, misterio divino,
te haces presente aquí en el altar.
/Tú estás con nosotros en el pan y el vino
que reconcilian, que dan vida y paz/.*

Estrofa II

*Señor amigo, Palabra de Dios,
tú nos invitas a ser fraternidad.
/Por ti aquí estamos y eres alimento
que nos llena de amor para sanar/.*

Estrofa III

*Fraternidad es más que una palabra,
es un abrazo olvidando el rencor,
/es dar la mano al pobre y desvalido,
es consolar al hermano en la aflicción/.*

Estrofa IV

*Tú nos enseñas a amar al más pequeño,
ustedes son todos hermanos, sean uno.
/Desde Ecuador, para el mundo entero,
anunciamos: Tú eres la vida, Jesús/.*

Música: Marco Antonio Espín Landázuri
Letra: Marco Antonio Espín Landázuri y Solideo

LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS

Ritual De la Sagrada Comunión y del culto en la eucaristía fuera de la misa

109. Los congresos eucarísticos, que en los tiempos modernos se han introducido en la vida de la Iglesia como peculiar manifestación del culto eucarístico, se han de mirar como una *statio*, a la cual alguna comunidad invita a toda la Iglesia local, o una Iglesia local invita a otras Iglesias de la región o de la nación, o aun de todo el mundo, para profundizar juntamente el misterio de la Eucaristía bajo algún aspecto particular y venerarlo públicamente con el vínculo de la caridad y de la unidad.

Conviene que tales congresos sean verdadero signo de fe y caridad por la plena participación de la Iglesia local y por la significativa aportación de las otras Iglesias.

110. Háganse los oportunos estudios, ya en la Iglesia local, ya en las otras Iglesias, sobre el lugar, temario y el programa de actos del congreso que se va a celebrar, para que se consideren las verdaderas necesidades y se favorezca el progreso de los estudios teológicos y el bien de la Iglesia local. Para este trabajo de investigación búsquese el asesoramiento de los teólogos, escrituristas, liturgistas y pastoralistas, sin olvidar a los versados en las ciencias humanas.

111. Para preparar un congreso se ha de hacer sobre todo:

- a) Una catequesis más profunda y acomodada a la cultura de los diversos grupos humanos acerca de la Eucaristía, principalmente en cuanto constituye el misterio de Cristo viviente y operante en la Iglesia.
- b) Una participación más activa en la sagrada Liturgia, que fomente al mismo tiempo la escucha religiosa de la Palabra de Dios y el sentido fraterno de la comunidad.

- c) Una investigación de los recursos y la puesta en marcha de obras sociales para la promoción humana y para la debida comunicación de bienes, incluso temporales, a ejemplo de la primitiva comunidad cristiana, para que el fermento evangélico se difunda desde la mesa eucarística por todo el orbe como fuerza de edificación de la sociedad actual y prenda de la futura.

112. Criterios para organizar la celebración de un congreso eucarístico:

- a) La celebración de la Eucaristía sea verdaderamente el centro y la culminación a la que se dirijan todos los proyectos y los diversos ejercicios de piedad.
- b) Las celebraciones de la Palabra de Dios, las sesiones catequísticas y otras conferencias públicas tiendan, sobre todo, a que el tema propuesto se investigue con mayor profundidad, y se propongan con mayor claridad los aspectos prácticos a fin de llevarlos a efecto.
- c) Concédase la oportunidad de tener oraciones comunes y la adoración prolongada ante el Santísimo Sacramento expuesto, en determinadas iglesias que se juzguen más a propósito para este ejercicio de piedad.
- d) En cuanto a organizar una procesión en que se traslade el Santísimo Sacramento con himnos y preces públicas por las calles de la ciudad, guárdense las normas para las procesiones eucarísticas, mirando a las condiciones sociales y religiosas del lugar.

LA EVANGELIZACIÓN EN ECUADOR

La evangelización de los pueblos nativos del Ecuador fue el resultado de la pastoral desplegada desde las parroquias por frailes y clérigos diocesanos desde el siglo XVI. Las parroquias de población indígena se denominaron doctrinas. Para la Iglesia y para la Corona española las doctrinas fueron las instancias óptimas para la evangelización, que se desarrollaron en comunidad sin desarraigar a las poblaciones de sus entornos habituales. Los resultados se apreciaron tras la conversión, aceptación y práctica de la palabra de Cristo.

En el siglo XVI, cristianos provenientes de España, a nombre de su rey, tomaron posesión para él de los territorios descubiertos por Cristóbal Colón en 1492, que hoy conocemos como Hispanoamérica. El pontífice legitimó este proceso en favor de España y comprometió a sus monarcas a propagar el Evangelio entre las poblaciones descubiertas, les delegó la administración eclesiástica de estas regiones, les responsabilizó del sostenimiento material del culto y el traslado de misioneros.

Varias clases de individuos integraron las huestes conquistadoras, entre ellos, obligatoriamente miembros del clero en una doble función: capellanes y misioneros. Los peninsulares de la época eran individuos que vivían en religión e implantarían en nuestro continente una sociedad del mismo sentir. Apremiaba la presencia del clero, el temor a la enfermedad y a la muerte. La espada y la cruz actuaron como dos brazos de

un proyecto único. La evangelización de nuestras regiones fue parte del proceso de colonización del Imperio inca que colapsó con la implantación del orden colonial luego del asesinato de Atahualpa.

Llegaron acá franciscanos, mercedarios y dominicos como capellanes de las huestes españolas, más tarde se sumaron agustinos y jesuitas. Muchos tenían a su haber experiencia misional adquirida en otros lugares del continente en donde había adelantado la evangelización. Esa aptitud la habían adquirido personalmente evangelizando a comunidades indígenas que practicaban el politeísmo, la idolatría y la poligamia, así como de la experiencia compartida con hermanos de la respectiva orden, lo que los llevó a dar un paso previo importante: conocer al hombre de las regiones de Quito, sus lenguas, su estructura social, sus creencias, hábitos y costumbres. Sabían que la mejor forma de cristianizar era hacerlo en lenguas nativas, iniciando por los niños, hijos de los caciques, con autorización de sus padres. No se impone la conversión inmediata, se espera la aceptación de los nativos después de que observaban las prácticas de los cristianos y la vida sencilla y austera de los misioneros y la amabilidad de su trato. Se prefirió la persuasión, respetando las libertades y la dignidad de los catecúmenos. La tónica represiva de los primeros años dio paso a la persuasión. La experiencia misionera llegó a la conclusión de que el acto de creer era una manifestación incompatible con la coacción. La prédica debía ser libre, así como la aceptación o rechazo de la fe.

Esos religiosos al entrar en contacto, por primera vez, con las poblaciones de nuestras costas antes de la fundación hispánica de Quito en 1534, que es el referente histórico y de tiempo que marcó el desarrollo del cristianismo, debieron esforzarse por intentar los primeros acercamientos para cristianizar a sus habitantes. Estos, con asombro y recelo, se acercarían a los invasores, interrogándose sobre los significados que para los portadores tenían cruces y medallas colgadas en el cuello, las cuentas de los rosarios sujetadas en la cintura de los hábitos de los frailes. Escudriñarían sobre las misteriosas cruces que los recién llegados trazaban con su mano derecha sobre sus rostros y sus pechos y el extraño ritual que oficiaba el capellán ante el cual el resto de individuos devotamente se arrodillaba y repetían frases que solamente los extraños entendían. Misiones itinerantes fueron el primer paso dentro de las expediciones y entradas de conquista.

La cristiandad de nuestras regiones creció rápidamente desde los entornos urbanos, y para evaluar los resultados y tomar las medidas pertinentes para su adelanto y conservación, los prelados convocaron a concilios metropolitanos y a sínodos provinciales. Esas juntas eclesásticas ratificaron la actividad misionera y pastoral junto con los derechos y libertades de las poblaciones indígenas para todo lo concerniente a su conversión, conservación y buen trato. De ellas surgió la redacción y difusión de catecismos y homilías en lenguas nativas. Se reconoció el rol de los caciques como coadyutores en la pastoral de conversión. El método y la pedagogía memorística fueron inevitables, se recurrió a las imágenes, a la música y al canto. El testimonio de la vida de los misioneros, la colaboración de la élite indígena y la experiencia de los ya cristianizados coadyuvaron para cumplir con la tarea pastoral de difundir el Evangelio, las poblaciones nativas buscaron cada vez más el bautismo, la práctica sacramental y dieron forma a la devoción popular. Los portadores del mensaje evangélico no desmerecieron esos resultados, porque entre ellos hubo obispos, religiosos y diocesanos muy notables que dejaron para la historia la impronta de su pensamiento y su labor.

La fuerza de la evangelización encubrió las prácticas y creencias de las civilizaciones nativas y actuó como agente efectivo en la inculturación de costumbres y conocimientos prácticos europeos. El misionero fue a la vez evangelizador y mentor de oficios y nuevos hábitos.

Contenido

Presentación	5
Introducción	
<i>Un sueño de fraternidad</i>	
«Ustedes son todos hermanos» (Mt 23, 8).....	6
1. Una fraternidad herida	
«¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4, 9)	10
El designio creador de Dios: hijos y hermanos	10
Pecado: ruptura del vínculo paterno divino	11
Fraternidad desfigurada: de hermanos a enemigos.....	12
2. La fraternidad realizada en Cristo	
«¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan unidos!» (Sal 133, 1)	16
La Eucaristía, la recapitulación de la historia	16
La Eucaristía, fraternidad realizada	19
La fraternidad sin los últimos no es fraternidad	21
3. Fraternidad para sanar el mundo	
«Denles de comer ustedes mismos» (Lc 9, 13)	24
La reconciliación y la violencia.....	24
Creación y fraternidad universal.....	27
La Iglesia: testimonio de la sanación del mundo.....	28
Conclusión	
<i>Eucaristía: un salmo de fraternidad</i>	
«Ustedes son todos hermanos» (Mt 23, 8)	33
ANEXOS	37
1. Oración del Congreso Eucarístico	39
2. El logo.....	40
3. Himno oficial	41
4. Los congresos eucarísticos	42
5. La evangelización en Ecuador	44